

CONOCER Y VIVIR LA BIBLIA



 PEDRO I.
FRAILE

Palabra inquietante

En tierra extraña peregrinos

Israel es ante todo un pueblo peregrino. Lo sabe y así se entiende a sí mismo. Un texto fundamental para comprender los orígenes de Israel como pueblo es la confesión de fe que hace el israelita cuando, una vez en la tierra, lleva las primicias de las cosechas al sacerdote, como acción de gracias y reconocimiento a Dios. No hace una profesión de fe basada en ideas, ni en conceptos abstractos. Echa la vista atrás y recuerda quién era y de dónde viene. 'Mi padre era un arameo errante. Bajó a Egipto y se estableció allí como emigrante con un puñado de gente; allí se convirtió en una nación grande, fuerte y numerosa. Los egipcios nos maltrataron, nos oprimieron y nos impusieron una dura esclavitud. Entonces clamamos al Señor, Dios de nuestros antepasados, y el Señor escuchó nuestra voz y vio nuestra miseria, nuestra angustia y nuestra opresión. El Señor nos sacó de Egipto con mano fuerte y brazo poderoso en medio de gran temor, señales y prodigios; nos condujo a este lugar y nos dio esta tierra que mana leche y miel. Por eso traigo las primicias de esta tierra que el Señor me ha dado' (Dt 26,5b-10b).

*«Tenía
Abrahán
setenta y cinco
años cuando
salió de
Harrán»
(Gén 12,4)*

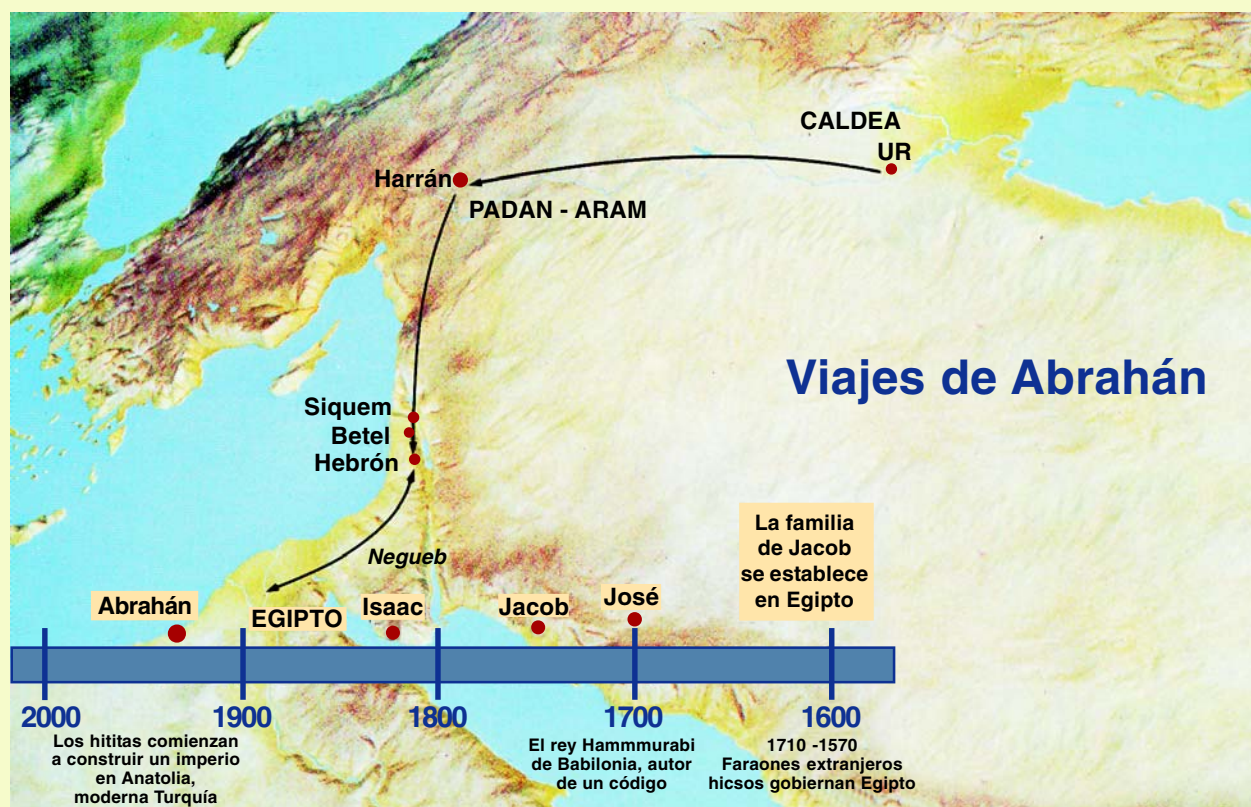
1. Un desarraigo en el origen: «Sal de tu tierra y ponte en camino» (Gén 12,1)

Cuando Israel bucea en sus orígenes, urgido por una identidad que se tambaleaba en pleno destierro de Babilonia, echa mano de unas antiguas tradiciones que había oído narrar a sus mayores en las largas noches de invierno. En el origen hay una orden a un antepasado, Abrahán, que se pierde en la noche de los tiempos: «Sal de tu tierra, de la casa paterna» (Gén 12,1). Es Dios mismo quien inicia la nueva andadura de un pueblo con un mandato a todas vistas sorprendente, pues no le dice a dónde va, sino que se fíe de él: «a la tierra que yo te mostraré». Además, es un movimiento incómodo, que desinstala, cuando el cuerpo ya pide reposo: «Tenía Abrahán setenta y cinco años cuando salió de Harrán» (Gén 12,4)

Según la Biblia, el pueblo de Israel debe buscar sus orígenes en la ciudad de Ur, antigua civilización sumeria, en la desembocadura del Éufrates (Gén 15,7). El relato de la Asamblea de Si-

quem, cuando Josué insta a las distintas tribus a que se definan acerca de la religión que quieren abrazar, así lo confirma: «Escoged a quién queréis servir, a los dioses a quienes sirvieron vuestros antepasados en Mesopotamia, o a los dioses de los amorreos, cuya tierra habitáis. Yo y los míos serviremos al Señor» (Jos 24,15).

Desde el punto de vista histórico-crítico el viaje de Abrahán desde Ur, en la tierra de Sumer, pasando por Harrán, en la alta Siria (Gén 12,4), hasta llegar a Egipto (Gén 12,10), antes de instalarse al sur de Canaán (Gén 23,19), no está exento de dificultades. Unas son de tipo histórico: se conocen movimientos de pueblos a comienzos del siglo XX antes de Cristo, que salen del norte de los ríos Tigris y Éufrates (el «Gran Río», Gén 15,18) y bajan por la costa mediterránea hacia Egipto. ¿Podemos identificar a los patriarcas con estos movimientos de pueblos? Si bien son tradiciones antiguísimas, su redacción es tardía (hoy se tiende a datar la composición del Pentateuco en el postexilio) y las narraciones patriarcales no estarían libres de condicionamientos históricos y culturales de la época en que fueron escritos.



Camino... y tierra

A partir de la experiencia de los patriarcas, no sólo de Abrahán, sino de sus descendientes Isaac, Jacob y familiares, podemos pensar que el camino no es sólo el lecho de tierra y piedras, sino un lugar teológico bíblico. Los patriarcas no son simplemente población errante, sino que en su origen hay una motivación religiosa: un mandato divino y una promesa.

Sea como sea, el pueblo de Israel es consciente de que ha nacido de una orden de Dios que le ha dicho: «Ponte en camino. Deja tu tierra, tu familia, tus posesiones...» Y Abrahán emprende un camino hacia lo desconocido. El Dios de la Biblia no es un Dios de puertas cerradas, ni de candados en las fronteras, ni mucho menos de grupos selectos que evitan el contacto con los otros. El «sal de tu tierra» supone entrar en contacto con una tierra y unas personas que rompen los límites y parámetros en los que te mueves y que dominas. Es un viaje a lo desconocido, a la novedad.

Pero a la vez este mandato bíblico sólo se puede entender dentro de un marco más amplio, el de la doble promesa, que irá conduciendo de forma misteriosa a Abrahán y a sus descendientes. La promesa de la descendencia como la arena de la playa o las estrellas del cielo; la promesa de la tierra, son guía para el esfuerzo y la ilusión. Pensemos un poco: ¿cuáles son los mayores bienes para un grupo nómada si no es el tener una tierra en propiedad y una hermosa y amplia descendencia?

Las dos grandes aspiraciones de un pueblo que vive a la intemperie y vagando son el poseer una tierra y el tener una descendencia que prolongue su estirpe. Dios bendice al buen patriarca con la realización de ambas promesas: «Levanta tus ojos al cielo y cuenta las estrellas si puedes; así será tu descendencia» (Gén 15,5). Un poco más adelante, el Señor promete de nuevo al anciano emigrante: «A tu descendencia le daré esta tierra, desde el torrente de Egipto hasta el Gran Río, el Éufrates» (Gén 15,18).

La ley de la hospitalidad

La hospitalidad, antes que una virtud, es una ley inscrita en las normas tribales de los habitantes de los desiertos y

estepas. La necesidad se hace virtud. La rudeza inhóspita de las arenas y las piedras hace que se vea al peregrino como un huésped antes que como un enemigo.

Junto con la de la «venganza de la sangre», la otra gran ley del desierto es la de la «hospitalidad», por la cual debía acogerse al peregrino que llegaba. Son cinco las normas: abrir la tienda (1), lavar los pies (2), dar de comer y beber (3), descanso (4), acompañar unos kilómetros (5). Sin duda es el reflejo de una ley de subsistencia dictada por la misma dureza del desierto. En la sagrada Escritura hay numerosos ejemplos de esta ley celosamente guardada. El más famoso es el de Abrahán (Gén 18,1-8).

La práctica de la hospitalidad sobrepasa las leyes de la necesidad de supervivencia en unas condiciones extremas para entrar a formar parte de la revelación. El «otro» no es un enemigo, sino un compañero de camino, sujeto a las mismas (o incluso peores) vicisitudes que tú. El «otro» no puede ser humillado, mancillado, ni mucho menos ser sometido a esclavitud. La actitud del hombre que se sabe peregrino es la de acoger como huésped al que viene de viaje. A él se le debe honrar y ayudar en lo necesario.

2. En tierra extraña

Dos son los principales momentos de la historia del pueblo en que le toca vivir en tierra extraña. La primera vez, antes aún de instalarse en la tierra que Yahveh les va a dar; la tierra es esperanza, es ilusión, es «prometida». La promesa que Dios hace al buen patriarca Abrahán está en el horizonte. La segunda vez es tierra «perdida». El don se ha perdido por la dureza del corazón, por no haber observado las normas y leyes que Yahveh les había prescrito para su felicidad.

Egipto: de punto de llegada a punto de salida

La sagrada Escritura nos dice que los hijos de Jacob bajaron allí para buscar alimentos; era el horizonte de subsistencia en tiempos de hambre. Con el tiempo Egipto se convierte en sinónimo de opresión; allí son oprimidos en las grandes obras del faraón; y en aquel contexto

«A tu descendencia le daré esta tierra, desde el torrente de Egipto hasta el Gran Río, el Éufrates» (Gén 15,18)



Arriba: escenas de la vida cotidiana en el antiguo Egipto.

**«Yahveh es
nuestro Dios;
Él fue quien
nos sacó de la
esclavitud de
Egipto a
nosotros y a
nuestros
padres»
(Jos 24,16)**

Abajo: La fiesta del desierto. Mujeres danzando. Relieve egipcio de tiempos de la dinastía XIX del siglo XIII a.C.

Abajo derecha: Aarón es consciente del pecado que cometió. Sobre el pecho lleva grabado: Éxodo 28,30: «Aarón llevará constantemente sobre su corazón el juicio de los hijos de Israel». (Marc Chagall).

acontece la gran liberación que será paradigma de todos los caminos de liberación de un pueblo hacia su libertad. La acción salvadora de Dios y el camino del éxodo se recordará a lo largo de los textos bíblicos con profusión. El éxodo forma parte del credo israelita: «El Señor nos sacó de Egipto con mano fuerte y brazo poderoso en medio de gran temor, señales y prodigios» (Dt 26,8). El Éxodo es la tarjeta de visita de su Dios: «Yahveh es nuestro Dios; Él fue quien nos sacó de la esclavitud de Egipto a nosotros y a nuestros padres» (Jos 24,16).

El Éxodo, siendo una experiencia durísima, es a la vez fundante. Los orígenes de Israel no están sólo en ser un pueblo nómada al que Dios puso en camino, sino en un pueblo que sale de una tierra de esclavitud para ser libre para siempre. Por otra parte, la voluntad de Dios no es que vayan de un sitio para otro, sin rumbo, sino que constituyan un pueblo en el que se viva la Alianza.

El destierro de Babilonia y el segundo Éxodo

Si bien la historia nos habla de dos destierros, el primero el del reino del Norte, cuando los asirios arrasan Samaría, y el segundo el de Babilonia, cuando Jerusalén cae en manos de Nabucodonosor, el nombre «exilio» designa, por antonomasia al segundo. Ahora bien, siendo en ambos casos, éxodo y exilio, un tiempo de separación de la tierra, y estando sometidos a potencias extranjeras, son, sin embargo muy distintos.

Aún hoy no se sabe valorar en su justa medida el alcance del exilio para la constitución de Israel como pueblo judío y de la misma Biblia como texto autorizado y autoritativo para el futuro.

Así como es claro que Israel quería salir de Egipto, tierra de esclavitud, no es tan claro que quisiera salir de Babilonia. En Egipto estaban sometidos a duros trabajos, puesto que su estatuto era el de esclavos. En Babilonia se instalaron en las orillas de los canales de Babilonia y algunos, como la familia de los Murasu, consiguieron prosperar. Sin embargo los dirigentes de Israel sabían que el futuro del pueblo estaba en volver a la tierra, la que Dios les había prometido. Una vez más, Israel se pone en camino.

Primero había sido Abrahán y los patriarcas; más tarde la salida de Egipto; ahora es la vuelta a la tierra tras la permanencia en Babilonia.

¿Cómo explicar la insistencia del Segundo Isaías para que el pueblo vuelva a Judá si estaban oprimidos? ¿No será porque una parte importante de Israel se había hecho a la idea de que preferían vivir en la abundancia de Babilonia aunque carecieran de libertad? El Deutero Isaías anuncia una vuelta a Judá en la que el mismo Dios conduce a su pueblo; los duros senderos del desierto se transforman en vergeles y el pueblo acude cantando (Is 40,1-11; 41,17-20).



La diáspora

La historia migratoria de Israel no acaba con la vuelta del exilio. Falta un cuarto gran movimiento, el de la disgregación. Más concretamente deberíamos hablar de diásporas, pues no fue un movimiento homogéneo ni en el espacio ni el tiempo. Cuando cae Jerusalén, el gobernador Godolías con parte de la población, y el mismo Jeremías, se refugian en Egipto. Un número importante de población se quedó en Babilonia, y nunca volvió a Judá.

Cuando Alejandro Magno funda la ciudad de Alejandría (331 a.C.), allí se fundará y progresará una comunidad hebrea de importancia sin igual, pues en ella se traduce la Biblia de los LXX. Ya en época del Nuevo Testamento, sabemos por el relato de Pentecostés que hay judíos por toda la cuenca del Mediterráneo (Hch 2,7-10). San Pablo mismo era judío de la diáspora, de la península anatólica de Tarso.

3. El pueblo de Israel relea su historia

Israel es un pueblo que echa la vista atrás y lee su historia desde Dios. La experiencia del destierro en Babilonia es fundamental para comprender su identidad y para abrir caminos de futuro: hemos sido desterrados por no haber cumplido los preceptos que Dios nos había prescrito en el Sinaí; la garantía de que no volveremos al destierro es cumplir la Ley de Dios.

El recuerdo de lo que hemos sido

La Sagrada Escritura tiene un término para designar al «emigrante extranjero» (*ger*). No se trata en absoluto de un término despectivo o peyorativo, pues se aplica tanto al patriarca Abrahán como al gran legislador Moisés. Abrahán dice de sí mismo: «Yo soy un emigrante que reside entre vosotros. Dadme una sepultura en propiedad para enterrar a mi esposa» (Gén 23,4). Moisés, por su parte, cuando huye a Madián reconoce su condición de extraño a la tierra y quiere que permanezca este recuerdo de haber sido extranjero en el nombre de su hijo: «Moisés decidió quedarse con aquel hombre (Jetró) y él le dio como esposa a su hija



Séfora. Ella dio a luz un hijo y Moisés le llamó Gerson, porque dijo: soy Ger (emigrante) en tierra extraña» (Éx 2,21-22). Es un término amplio, pues en el momento anterior a la monarquía, los miembros de otras tribus israelitas eran considerados «gerim» (Jue 19,16). Probablemente con el tiempo la cosa cambió y se aplicó este término a los no israelitas que por distintos motivos habitaban en tierra de Israel.

El estatuto jurídico de los emigrantes no está del todo claro, pues si por una parte no están equiparados a los israelitas, —no está claro que puedan ser propietarios de la tierra—, por otra tampoco deben ser considerados como esclavos. Es más, Lv 25,47 contempla la posibilidad de que un «ger» haga fortuna y posea esclavos israelitas. Un «ger» tiene derecho a refugiarse en una ciudad de asilo y a ser tratado en un juicio igual que un israelita (Dt 1,16). Desde el punto de vista religioso los «gerim» están sujetos a las mismas prescripciones de pureza que los israelitas (Lv 17,8-13; 18,26; Nm 19,10). Deben observar el sábado (Éx 20,10 Dt 5,14; el ayuno del día de la expiación (Lv 16,29) y toman parte en las fiestas religiosas (Dt 16,11.14). Pueden incluso celebrar la pascua con los israelitas a condición de que estén circuncidados (Éx 12,48-49; Nm 9,14). Es importante caer en la cuenta de que el

Arriba: «El Señor dijo a Aarón: Vete al desierto, al encuentro de Moisés. Partió y lo encontró en el monte de Dios y lo besó». Plato de cerámica del Renacimiento.

«Yo soy un emigrante que reside entre vosotros. Dadme una sepultura en propiedad para enterrar a mi esposa» (Gén 23,4)

«No molestes ni oprimas al forastero, porque vosotros también fuisteis forasteros en Egipto» (Éx 22,20)

el recuerdo de haber sido un pueblo explotado en tierra extraña lleva a la sagrada Escritura a insistir en que no deben hacer lo mismo: «No molestes ni oprimas al forastero, porque vosotros también fuisteis forasteros en Egipto» (Éx 22,20). De la misma forma, es muy significativa la razón que da el Código deuteronomico para justificar esta conducta.

No apela a la moral, ni a la alianza, sino a la experiencia de haber sido esclavos: «Recuerda que fuiste esclavo en Egipto y que el Señor tu Dios te rescató de allí; por eso te mando que procedas así» (Dt 24,18.22).

La terna de los pobres: «emigrante-huérfano-viuda»

Israel recoge en sus escritos normativos distintas legislaciones del pueblo, uniéndolas en una trama histórica. Los estudiosos las han comparado y han llegado a la conclusión de que estamos ante distintos corpus legislativos en los que se puede trazar una línea de continuidad, pero también una evolución, una legislación que se adapta a las nuevas circunstancias.

El «Código de la Alianza» (Éx 20,22-23,19) reflejaría una legislación muy antigua; probablemente recoge el espíritu de los primeros años de vida como pueblo establecido en una tierra, una vez acabada su etapa nómada. En ella aparece explícitamente el extranjero, prohibiendo su opresión, poniendo la esclavitud en Egipto como referencia histórica y ética para su comportamiento: «No oprimirás ni vejarás al emigrante, porque emigrantes fuisteis vosotros en el país de Egipto» (Éx 22,20; cf. Éx 23,9). «Oprimir» y «vejar» son dos términos que reflejan otras tantas situaciones. La primera hace referencia a la opresión laboral, a la esclavitud; la segunda a los tribunales, a la falta de justicia con los débiles. Sin embargo es todavía una ley severa, pues se pone al emigrante en último lugar, por detrás de los animales y de los esclavos: «Seis días harás tus trabajos y el séptimo descansarás para que reposen tu buey y tu asno y tengan un respiro el hijo de tu sierva y el emigrante» (Éx 23,12).

Con la caída de Samaría y del reino del Norte, muchos acudieron a refugiarse en Jerusalén, con lo que la ciudad triplicó su población. Es bien conocida en el «Código deuteronomico» (Dt 12-26) la terna «emigrante-huérfano-viuda» para designar al colectivo de los más pobres en el antiguo Israel. En un contexto de frecuentes guerras y consiguientes deportaciones bien la falta del cabeza de familia, bien el tener que huir de su tierra, era sinónimo de pobreza y debilidad suma. Siguiendo el código de la Alianza, se recuerda de forma apodíctica la prohibición absoluta de oprimir al débil: «No explotarás al jornalero pobre e indigente, tanto si es uno de los tuyos, como si se trata de un emigrante que reside en tu tierra o en tu ciudad» (Dt 24,14).

Izquierda: «Vio un niño que lloraba». Marc Chagall dibuja en forma oval el cesto y en el centro a Moisés, casi como símbolo del seno materno.



Derecha: Chagall resume aquí los encuentros de Moisés con el Faraón. Moisés ostenta rayos de luz en su frente y Aarón los ornamentos de sumo sacerdote.



Igualmente se recuerda que este grupo, aunque indefenso, es sujeto de derechos, y nadie puede abusar de su condición humilde: «No violarás el derecho del emigrante, ni del huérfano, ni tomarás en prenda los vestidos de la viuda» (Dt 24,17).

Es significativa por su humanidad sobre todo la referencia a dejar parte de la cosecha para que se puedan beneficiar los más pobres: «Cuando siegues la mies de tu campo, si olvidas en él una gavilla no vuelvas a buscarla. Déjala para el emigrante, el huérfano y la viuda, a fin de que el Señor tu Dios bendiga todo lo que haces. Cuando varees tus olivos, no vuelvas a la rebusca; lo que quede déjalo para el emigrante, el huérfano y la viuda. Cuando vendimies tu viña, no vuelvas a la rebusca» (Dt 24,19-21).

Por último debemos hablar de la «Ley de Santidad» (Lv 17-26). Recibe este nombre del estribillo que aparece machaconamente a lo largo del texto:

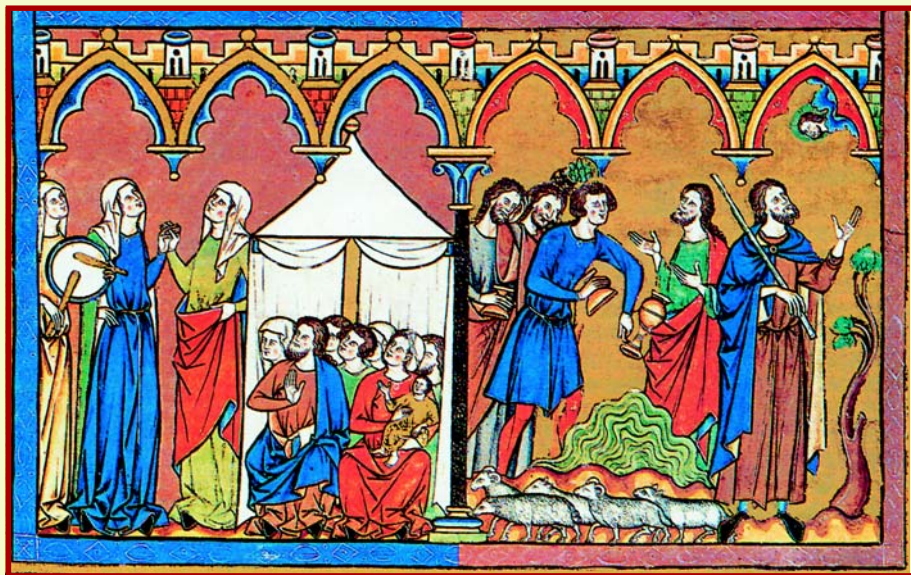
«Sed santos porque yo, Yahveh, vuestro Dios, soy santo» (Lv 19,2 y otros).

El pueblo ha pasado por la durísima experiencia del exilio y ha dejado mella en su conciencia.

Así se puede comprender la importantísima y novedosa ley sobre los extranjeros, verdadero anticipo de los planteamientos modernos más avanzados:

«Cuando un emigrante se establezca con vosotros en vuestro país, no lo oprimiréis. Será para vosotros como el nativo: lo amarás como a ti mismo porque emigrantes fuisteis vosotros en el país de Egipto. Yo, Yahveh, vuestro Dios» (Lv 19,33-34).

«No violarás el derecho del emigrante, ni del huérfano, ni tomarás en prenda los vestidos de la viuda» (Dt 24,17)



María, hermana de Moisés y Aarón canta un himno acompañada de un tímpano. Ya en el desierto llegan a Mará donde las aguas son saladas y los Israelitas se preguntan: ¿Y ahora qué bebemos? Moisés mira a su derecha y el Señor le muestra un madero que Moisés echa al agua y el agua se vuelve dulce.

Vocabulario

- ⌘ **«Emigrante-huérfano-viuda»:** Con esta terna se designa en el Código deuteronomico al grupo de personas más necesitadas. No sólo no se puede abusar de ellos sino que hay que protegerlos y ayudarles a vivir con dignidad.
- ⌘ **«Código de la Alianza» (Éx 20,22-23,19):** Se trata de una colección de leyes muy antigua, que está recogida en el libro del Éxodo, a continuación del decálogo. Recoge la legislación del pueblo una vez se instala en la tierra. Con probabilidad podríamos hablar de los siglos IX-VIII a.C.
- ⌘ **«Código deuteronomico» (Dt 12-26):** responde a una mentalidad más avanzada y más humana respecto al Código de la Alianza. Es inmediatamente anterior al exilio de Babilonia.
- ⌘ **«Ley de Santidad» (Lv 17-26):** Una vez que han regresado del exilio, de nuevo descubren que deben actualizar las leyes. La novedad ahora es la razón por la que deben comportarse éticamente: «sed santos porque yo, el Señor, soy santo».

PARA UN TRABAJO EN COMÚN

1. Descubrir la Biblia:

Objetivo:

Descubrir cómo el Antiguo Testamento ilumina problemas actuales como el de la emigración.

Propuestas de diálogo

Alguien puede exponer uno o dos casos de emigrantes: cómo viven y cómo reacciona la gente ante ellos. Es importante que se diga también cómo se sitúan o qué comentan las personas religiosas.

¿Dónde está la dignidad de las personas, en su raza, en su condición social, en sus medios económicos? ¿Podemos decir que haya pueblos superiores a otros?

¿Cómo se sitúa Dios ante los explotados, vejados y humillados de todos los tiempos?

2. Texto para orar: Gén 12,1-9

Lectura del texto en voz alta. Conviene que todos tengan el mismo texto por escrito.

¿En qué consiste el mandato de Dios? ¿Qué le promete Dios a Abrahán? ¿Cómo reacciona Abrahán ante la orden divina?

¿A qué pueblos alcanza la bendición de Dios?

¿Si el mandato divino invita a ponerse en camino, podemos nosotros cerrar fronteras, separar pueblos, despreciar a los otros?

3. Oración

Tu palabra, Señor, es inquietante.
Es más fácil quedarse con las propias ideas,
repetir lo sabido, como si nada pudiera cambiar.
¿Por qué ponerse en camino cuando me basta con lo que soy?
¿Por qué ir a lo desconocido cuando prefiero controlar lo mío?
Leo la Escritura y veo cómo llamas y sacas de casa:
a Abrahán le cambiaste la vida,
a Moisés le hiciste volver a Egipto y ponerse al frente del pueblo.
Sí, es verdad que somos peregrinos.
Unas veces caminamos en tierra extraña
y otras veces somos extraños en la propia tierra.
«Ponte en camino, sal de tu tierra» ¿A dónde?
«A la tierra que yo te mostraré» –dices–.
Tú nos enseñas que el mundo es un don tuyo,
que no somos propietarios en exclusividad de nada,
que somos administradores de lo que tú nos das.
Ayúdanos a comprender que el extranjero, el otro,
no es un enemigo a combatir
sino un hermano con el que luchar y gozar
en el camino de la vida.